

---

calles de Cornejo, el Cid, Herreros y la Cruz). Se alargaba hacia el NO, englobando en esta parte el Altozano, la zona de San Juan y Villacerada, lo más antiguo de la población; existía ya por allí la calle de la Feria, a partir de la cual y de su prolongación hacia San Juan salían hacia el Norte, ya entonces varias calles también hoy existentes (la de San Francisco, en la prolongación de la de Zapateros, la del Padre Romano, la del Carmen y la de San Antón o de la Mançebía).

Limitaban su plano las calles de San Sebastián, prolongada en la de los Baños, la de la Cava, lo que hoy es la del Tinte y las paralelas entre sí de los Tejares y Nueva; hacia el NE constituía su límite la calle actual de Martínez Villena (entonces de Castañeda), formando ángulo con la de San Antón.

Por el oeste de la villa sobresalía, en prolongación con la de la Feria, la calle de Santa Catalina (hoy también de la Feria), llamada así por ir a dar a los egidos puestos bajo esta advocación, más o menos donde hoy se encuentra el edificio ferial.

He querido marcar así la extensión de la villa en aquel tiempo empleando los nombres que, conservados por la tradición —lo que ocurre en muchos casos— o nuevos, permitan una fácil identificación de aquel casco urbano.

La amplitud alcanzada por Albacete hizo que hacia finales de los 60 se construyeran unas carnicerías nuevas en la Cuesta —la parte alta hacia las Carretas—, porque acudía demasiada gente a la antigua, situada junto a la *Villa vieja* (Alto de la Villa). Por el mismo motivo se habría fundado en 1560 la iglesia de La Purísima en la misma zona.

En conjunto, la población carecía de cerca, quizá en razón de su extensión y de su carácter agrario, donde la salida hacia los campos se hubiera visto dificultada por la existencia de aquélla. Sólo ante amenazas de peste la villa se cercaba, al parecer cerrando simplemente las bocacalles con tapias. Así, en enero de 1588 el concejo «... mandó cerrar todas las calles que salen a fuera del pueblo». Se ponían entonces puertas en algunas entradas que, sin duda, se quitaban pasado el peligro. Así, en 1581, por razón de la peste, se mandaba «juntar las puertas questa villa tiene para que estén prevenidas».

Precisamente por estos acuerdos conocemos cuáles eran las entradas del pueblo, llamadas «puertas», tuvieran o no estos instrumentos. Parece que eran de mayor importancia por su tráfico la *Puerta de Chinchilla*, al final de la calle de los Herreros, y la de *la Mançebía*, así llamada por una casa de mujeres situada al término de la calle de San Antón. Otras eran la de *Cantarranas*, o de los «tintes de Cantarranas», que estaría en el cruce actual de Tesifonte Gallego con el Tinte; y la de *San Sebastián*, junto a la ermita de este santo.

Anecdóticamente, recordemos que cuando Felipe II pasó por la villa en 1586, procedente de Valencia, su entrada fue por la puerta de Chinchilla, y su salida, por la de San Sebastián.